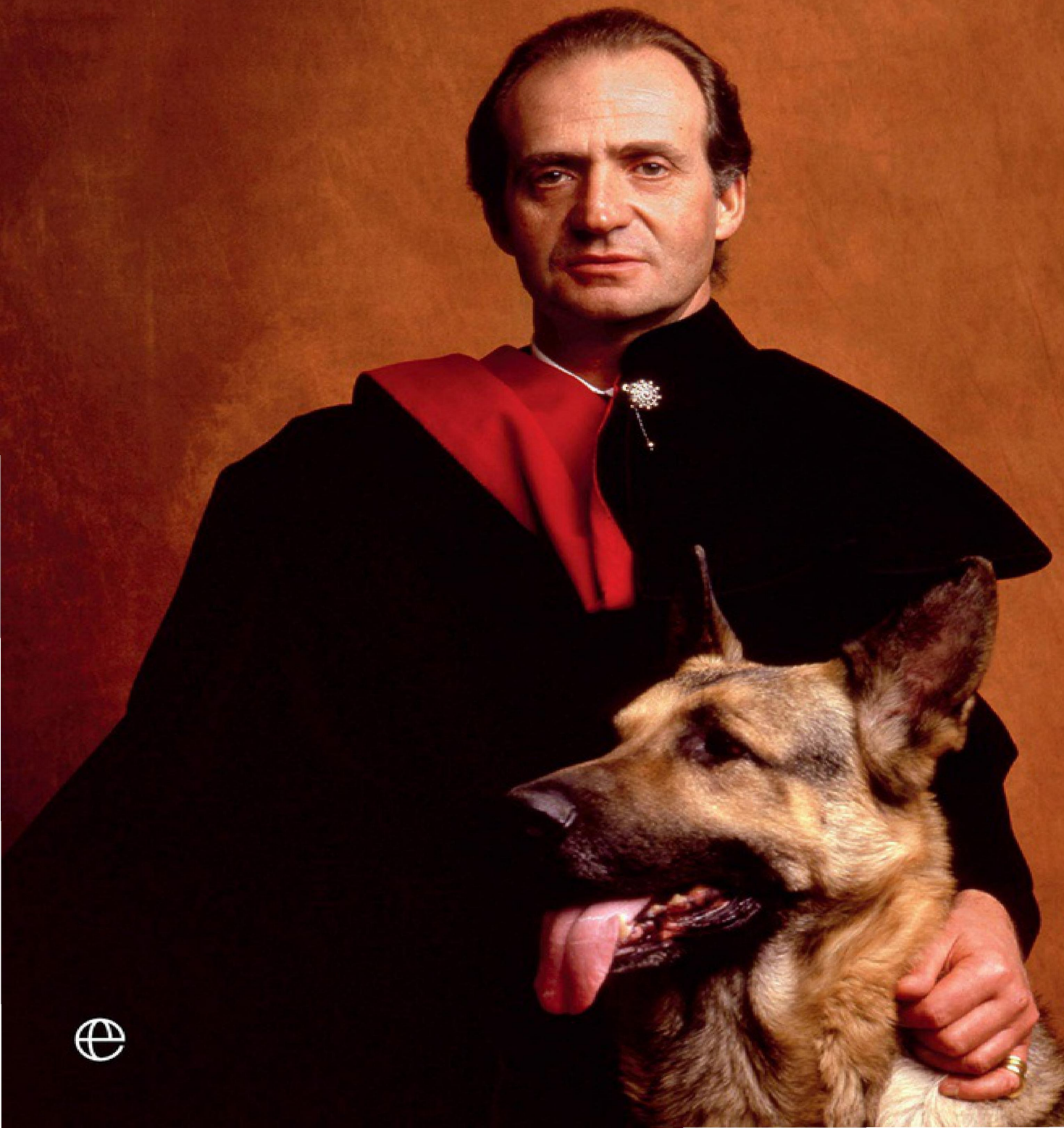


Pilar Eyre

YO, EL REY



El humo de los fortísimos Antoninhos portugueses y las luces rojas convertían la *boîte* Muchaxo, en los bajos del hotel Estalagem, en una especie de antesala del infierno. La música machacona que escupían los dos altavoces colocados a ambos lados de la pequeña pista era incomprensible, pero daba lo mismo porque lo que querían estos jóvenes repletos de hormonas, energía y deseos turbios en la última noche de 1956 no era bailar, sino tocarse, beber y agotarse hasta caer, rendidos, al suelo.

*Well you can do anything
But stay off my blue suede shoes.*

Se llamaban a sí mismos, con ironía conmovedora, «los exiliados» porque eran los cachorros de los reyes que habían perdido su trono después de la guerra europea. O incluso antes. Diana e Isabel, hijas de los condes de París; María Pía y Vittorio, del rey Humberto de Italia; Simeón de Bulgaria; Pilar y Juanito de Borbón, hijos de los condes de Barcelona... También estaban los herederos de los grandes títulos y familias portuguesas, Teresita Pinto Coelho, los chicos Espíritu Santo o los hijos del vizconde de Pereira Machado... Mientras los padres pasaban el fin de año en el elegante hotel Palacio, ellos habían cenado arriba, en el restaurante, frente a la playa del Guincho, y luego se habían lanzado en tromba al sótano, no sabiendo quién terminaría con quién. Las chicas, con sus faldas anchas con el cancán debajo, sus cinturas estrechas y sus collares de perlititas, y los chicos con traje y corbata, se olisqueaban con cierta prevención como animales en celo. ¡La sorpresa y el azar eran algunos de los atractivos de la noche!

La más sensual y madura, la más escotada, la más curvilínea y voluptuosa era la condesa Olghina de Robilant. La rodeaba una aureola de escándalo y vicio, se decía que en Italia participaba en orgías y que había tenido amoríos con el torero Luis Miguel Dominguín y con los actores Walter Chiari y Robert Stack; era una habitual de los ambientes taurinos españoles, la feria de abril sevillana y los sanfermines y, al parecer, la única capaz de competir con Ava Gardner en hombres y alcohol.

A pesar de esta fama, tenía solo veintitrés años y era de muy buena familia, de la antigua aristocracia veneciana, y pasaba temporadas en casa de su tía, la acaudalada mecenas Olga de Cadaval, donde se comportaba de forma algo más discreta. Pero como la inmensa finca de cientos de hectáreas e impresionante palacio estaba en Muge, lejos de Estoril, Olghina se quedaba en casa de los Italia y dormía en la habitación de Ella, que pasaba las Navidades con su madre en Suiza.

Esa noche se sentía llena de vida, con ganas de comerse el mundo.

—¿A ver quién se atreve? Seguidme, chicos.

Se lanzó a la pista, se bajó los tirantes del vestido, se colocó una copa de champán en la frente y echando su cuerpo hacia atrás, la melena rubia colgando, empezó a mover

las caderas al ritmo enloquecedor del bugui bugui. Las chicas la envidiaban y admiraban a partes iguales y, por supuesto, la ponían verde, pero los chicos se acercaron como polillas atraídas por la luz hasta rozarla, alguno incluso se puso a mugir. La copa no tardó en resbalarse, Olghina la atrapó al vuelo, pero no pudo evitar que el champán se deslizara entre sus senos.

Una mano masculina se metió por su escote y, cuando Olghina levantó la vista, vio a un muchacho rubio que se chupaba los dedos mirándola lascivamente:

—Pe... pero, isí eres *Guanito* !

Hasta ayer era un niño, pero hoy ya era un hombre. Claro, le había pasado esa cosa horrible... Advirtió la corbata negra, el brazalete de luto en la manga y, como a pesar de sus travesuras, era una chica educada en muy buenos colegios, iba a darle el pésame cuando él le cruzó la boca con el dedo índice y le susurró al oído:

—¿Nos sentamos?

Encontraron sitio en el sofá de terciopelo rojo más apartado, tan juntos que parecían una sola persona. Olghina habló de forma mundana encendiendo un cigarrillo:

—Pero si eres de los críos de la pandilla, ¿qué te ha pasado?

Juanito rio con satisfacción... la condesa era cuatro años mayor que él y una de las presas más codiciadas de Estoril, no porque fuera una mujer difícil, sino porque tenía tantos moscones haciendo cola que era imposible acceder a ella. «No para casarse», se apresuraban a puntualizar, sino para disfrutar del volcán inolvidable de su sexo siempre en erupción. El cantante Bobby Solo, que fue su amante, cuando se separaron adelgazó doce kilos y dijo que esa relación tan fogosa lo había dejado imposibilitado para disfrutar con otra mujer.

¡Y ahora Juanito la tenía para él solo! Advertía las miradas codiciosas de Babá y de Vasco Pinto, pero echó mano de los ardides que tan buen resultado le daban siempre:

—¿Sabes que estoy enamorado de ti desde hace muchos años?

La condesa sacudió la cabeza intentando huir del embrujo en el que estaba cayendo. ¡Ella, con toda su experiencia, no se iba a dejar embaucar por este chiquillo!

—Pero ¿tú no salías con Ella? Mira que estoy en su casa y sería un planchazo horrible que me metiera entre vosotros —le contestó.

Juanito, con un gesto borró a todas las María Gabrielas de este mundo y puso su irresistible mirada melancólica.

—Yo no soy libre para casarme con quien quiera, y Ella, de momento, es un noviazgo conveniente, pero no estoy enamorado... Intento divertirme lo que puedo. —Y añadió con falsa modestia—: He estado con Ella y con muchas otras, ¡hasta con la Chunga! —Como no vio a la condesa lo suficientemente impresionada, ya que la fama de Micaela Flores, la Chunga, la bailaora de los pies descalzos, no había traspasado fronteras, aunque en España era muy popular, se vio obligado a añadir—: ¡E incluso con Sarita Montiel! Pero yo de quien estoy enamorado de verdad es de ti. —Mirando la punta del cigarrillo aclaró—: Pero quiero que sepas que no voy a casarme contigo, piensa que voy a ser rey de España y no soy libre de escoger a quien quiera.

Olghina se asombró porque, asidua visitante de Estoril, sabía que a don Juan lo llamaban majestad como si fuera a ser rey.

—Pero ¿y tu padre?

—Franco no lo va a querer nunca —le confirmó Juanito.

Resulta asombroso que Juanito ya se hubiera dado cuenta de que el Caudillo había arrumbado a su padre al desván de los trastos inservibles, o quizás simplemente se trataba de una táctica del taimado galanteador para deslumbrar a Olghina, por una parte, y por otra, para no tener que comprometerse.

Dieron las doce de la noche. En ese momento, sabiendo que había muchos españoles entre la clientela, pusieron el chotis «Madrid», de Agustín Lara.

Sin decir palabra, Juanito la arrastró a la pista. Olghina notaba apretado contra el suyo el cuerpo fuerte y atlético del príncipe. El bulto de su entropierna se clavaba contra su vientre, ambos sentían tanto deseo que no podían ni respirar y menos moverse. No se dieron cuenta de que acababa la canción hasta que sonó un rock, las parejas que habían bailado en el mismo plan que ellos se miraron aturcidas mientras corrían a su mesa, los muchachos tratando de ocultar su pujanza física.

Intentando recuperarse, Olghina dijo que iba al lavabo. Pero Juanito le cogió el bolso.

—Déjalo, no quiero que te pintes la boca porque voy a volver a besarte.

Cuando Olghina regresó, él, con su barra de labios, había escrito en una servilleta: «*Ti amo*».

De pronto, se apagaron las luces y se encendió un solo reflector que iluminaba la pista. Apareció una silla, se sentó un hombre con una guitarra y salió una mujer de aspecto imponente, que trató de acallar los aplausos con un gesto simpático.

La cantante de fados Amália Rodrigues, una gloria nacional, tenía por norma terminar el año dando un recital en el hotel Palacio para la buena sociedad, pero a última hora se acercaba hasta la *boîte* de la juventud para ofrecerles un fado, uno solo, el último del año, antes de retirarse a su casa. Se apagaron los murmullos, Olghina apoyó la cabeza en el hombro de Juanito y se dejó escuchar la voz deslumbrante de la mejor fadista de todos los tiempos:

*Por muito que se disser
o fado não é canalha.
Não é fadista quem quer,
só é fadista quem calha.*

Cuando acabó, Juanito tenía los ojos llenos de lágrimas. Olghina se conmovió y se dio cuenta de que ese muchacho le importaba mucho. Demasiado. Años después, aún suspiraba recordando ese momento: «Juanito sabía cómo enamorar a una mujer».

Sus labios se unieron y se besaron profundamente.

La cogió de la mano. Mientras salían, Juanito tenía que saludar a uno y a otro, «Mañana salimos en el barco... Me quedo hasta el día 6... Mamá está bien...». Niky Franco, el sobrino del Caudillo; Babá Espírito Santo, el conquistador oficial; los Eraso o José Antonio Peche Primo de Rivera... Todos envidiaban al chico de los Barcelona y el chico de los Barcelona quería exhibir su botín como un trofeo. Charo Palacios, una morena muy atractiva, hija de un reputado científico, lo miró con algo de tristeza. Juanito sabía que estaba enamorada de él.

Subieron al Volkswagen escarabajo de color amarillo que el príncipe había

recibido de un noble como regalo de Navidad. Pero en vez de ir a casa, condujo a Olghina a los acantilados desde donde se veía el arco de luces de la bahía como una dentadura centelleante. Había otros coches aparcados, oscuros bultos silenciosos.

Juanito propuso con soltura:

—¿Pasamos al asiento de atrás? Estaremos más cómodos.

La fue desnudando con manos sabias; Olghina, la experimentada Olghina, que había tenido decenas de amantes ya a sus veintitrés años, la que decía: «Soy muy generosa, pero como no tengo nada que dar, me regalo a mí misma», se dio cuenta de que Juanito se había curtido ya en muchos cuerpos de mujer. La penetró mirándola a los ojos, como hacen los enamorados, la suave claridad de la luna llena dibujaba los contornos de sus cuerpos jóvenes y bellos. Olghina lo cogió por los riñones para acercarlo más todavía y Juanito, con la misma cadencia del empuje, iba repitiéndole:

—*Ti amo, ti amo...*

Porque, aun en las pasiones tan puramente físicas como esta, el príncipe no quería solamente sexo, también buscaba una pequeña brizna de amor.

La condesa ha recordado siempre este idilio con un suspiro de añoranza: «Juanito me dejó huella». Tampoco él salió indemne de esta relación que, con intermitencias, duró cuatro años: gracias a la condesa cambiaron para siempre sus gustos sexuales, que habían sido tan primitivos como los de su padre, para volverse refinadamente perversos, propios de espíritus aventureros amantes de las emociones fuertes.

La dejó en Villa Italia agotada, feliz, sucia, impregnada en olores y sabores. Humberto, el exrey, que estaba en la biblioteca escuchando música, abrió la puerta cuando la sintió subir:

—*Come stai, bella?*

—*Va bene... Sono stata con Juanito .*

—*Poverino, era triste?*

Olghina ahogó una risita feliz, de mujer colmada, y subió la escalera ágilmente, con los zapatos en la mano:

—*Triste? No, per la Madonna dell'Orto! Niente di triste!*

Y era cierto. Mientras su familia se despeñaba cuesta abajo sin frenos, Juanito había adoptado una actitud desenvuelta y alocada, una personalidad nueva que solo había aflorado después de la muerte de su hermano. Resguardado en la Academia de Zaragoza, adonde lo había reexpedido su padre inmediatamente después del funeral de Alfonsito porque no soportaba verlo, estaba arropado por Miguel Primo de Rivera, Pedro Ussía, Luis María Anson, Álvaro Luna, Julio Ayesa, reclutados casi a golpe de corneta por el duque de la Torre:

—No le dejéis solo ningún fin de semana.

Jugaban al pimpón, montaban a caballo, iban al Tubo, la zona de bares, a veces pasaba los fines de semana en Liria, la casa de Cayetana Alba. Fue allí, en una de sus fiestas, en las que la duquesa gustaba de mezclar bohemios con aristócratas, cuando conoció a Sarita Montiel, la única española que estaba trabajando en Hollywood, donde acababa de rodar *Veracruz* con Burt Lancaster y Gary Cooper. Aquel muchacho pálido, del que se comentaba en voz baja la enorme tragedia en la que estaba envuelto, atrajo

la atención de la diva mucho más que los donjuanes de vía estrecha, de bigotillo y pelo engominado, que trataban de camelarla con miradas chulescas. Juanito, delante de su belleza, se quedó literalmente anonadado.

Sarita le dirigió una mirada llena de picardía, lo cogió de la mano, se adentraron por un pasillo, empujaron una puerta... ¿Qué habitación, de los centenares que hay en Liria, albergaría la pasión desatada de aquellos dos jóvenes en el momento más pujante de sus vidas? ¿Qué obras de arte colgadas en sus paredes serían testigos de su entusiasmo? No se sabe, pero sí es cierto que Sara guardaría por ese muchacho, hasta su muerte, una enorme ternura...

—Me dijo que era la mujer más guapa que había visto.

No se habló de Alfonsito, claro que no. Nadie hablaba de él, y así en realidad murió dos veces: la tarde fatal de Jueves Santo y cuando se le desterró de la memoria de su tiempo. Franco prohibió nombrarle e impuso una férrea censura en la prensa, no solamente por las implicaciones de su protegido, sino porque, según decía con suficiencia: «A la gente no le gustan los reyes con tan mala suerte: ¡hemofilia, muertos, uno sordomudo y ahora esto!». Además, el niño tampoco le caía bien.

El príncipe no volvió a hablar de su hermano nunca más.

A pesar de que su padre no le había escrito ni una carta, no le había llamado por teléfono, no le había procurado ningún consuelo, a Juanito le surgió la necesidad avasalladora de protegerlo. ¡No podía soportar que nadie lo tratara con desprecio! Por las noches vengaba supuestos o reales agravios en las caballerizas de la academia, peleándose a puñetazos con compañeros que le habían faltado al respeto llamándole el borracho de Estoril.

Daba rienda suelta a esa ira feroz que llevaba en su interior. Nunca comentaba estas peleas salvajes, que le dejaban el cuerpo magullado, pero el alma más ligera.

También es cierto que en ocasiones se abstraía y los amigos advertían un fondo insondable de tristeza en sus ojos, pero cuando ya parecía a punto de hacer una confidencia, cuando ya alguno iba a pasarle el brazo por los hombros, él salía con alguna insensatez:

—¿Habéis visto qué buenas están las brasileñas de Tono?

Porque al grupo de amigos jóvenes se había sumado el acaudalado notario Antonio García Trevijano. Saliendo un día Juanito del Gran Hotel con el duque de la Torre se quedó con la boca abierta al ver aparcado en la puerta un Pegaso deportivo, del que solo se habían fabricado ciento veinticinco unidades, porque los quince mil dólares que valía estaban al alcance de muy pocos bolsillos españoles. Esperó hasta que llegó el propietario. Un hombre de treinta años, con grandes bigotes y un vistoso sombrero panamá.

Juanito le preguntó con candidez:

—¿Eres mexicano?

El hombre dijo que sí y lo invitó a subir al coche. Después comentó: «Pensé que el chiquillo se iba a cagar cuando lo puse a doscientos veinticinco kilómetros por hora, pero se reía y me hizo ir a dar vueltas delante de la academia para que lo vieran sus compañeros».

Fue don Juan el que advirtió a su hijo:

—Eres un bobo... Ese tío es de Granada y encima es republicano.

Tono, como lo llamaban sus amigos, lo confirmó:

—Si fueras rey, deberías meterme en la cárcel. Pero mientras no lo seas, podemos ser camaradas.

Y esa singular amistad se alargó durante varios años. Siempre escaso de viático, nunca tenía ni para pagar una ronda, Tono le dejaba dinero y, sobre todo, le presentaba chicas. A Juanito y a sus amigos.

Extranjeras, brasileñas por más señas. Impresionantes. ¿De pago? En caso de que fuera así, quien se hacía cargo de las cuentas era el propio Tono.

¿Alfonsito? ¡No, no había que hablar de él, congelado para siempre en sus catorce años! No, ni siquiera surgió su nombre cuando el príncipe rindió una de sus habituales visitas al Caudillo. Tan solo unas palabras ininteligibles de pésame, y después pasó a ocuparse de sus estudios.

—Ahora Zaragoza, después San Javier y más tarde Marín. Para terminar con algún curso universitario.

Antes de que el príncipe se fuera, le preguntó, después de carraspear y con grandes circunloquios:

—¿Es cierto que habéis conocido a esa tal Sarita Montiel, de quien habla todo el mundo? Creo que es manchega, como el Quijote.

Juanito se sorprendió.

—Es una mujer de bandera —se llevó la mano a la boca, pues Franco era muy morigerado en el lenguaje—, perdón, excelencia.

—No os preocupéis, que he estado en el Tercio... estoy curado de espantos. —Y se vio obligado a explicarse—: Os lo pregunto porque Carmen celebra esas recepciones en La Granja con artistas y sería conveniente invitarla para dar una imagen moderna de España y que no piensen que aquí somos unos cavernícolas.

El príncipe, al que habían contado que Franco tenía cierta predilección por Juanita Reina y no había acabado de creérselo, no pudo evitar aventurarse en terreno pantanoso:

—Hará un gran papel, general... aunque no sé yo si se molestará...

Se refería a Juanita, pero Franco respondió a la gallega:

—¿Mi mujer? Príncipe, la Señora sabe que solo me mueve un interés cultural... claro que, como está arrejuntada y no casada con ese señor americano que la acompaña, no sé si será conveniente... aunque yo no soy un meapilas, preguntaré al padre Bulart.

Después, el Caudillo comentó a su inseparable primo Pacón, que de todo tomaba cumplida nota en su diario: «He visto muy bien al príncipe... es fuerte».

Pero la familia, no. No era fuerte. De hecho, es una familia rota y nunca va a recomponerse.

Los primeros tiempos después de «lo de Alfonsito», como se llamaba a ese terrible episodio que marcó sus vidas para siempre, el padre y la madre se sentaban el uno al lado del otro en silencio. En la casa vacía. No encendían la luz, total, ¿para qué? Margot fue enviada a Madrid a estudiar puericultura, se hospedó con los condes de

Puñoenrostro, que la arroparon cariñosamente, y su institutriz, *miss Diky*, que había estado diez años con ella, fue despedida. En su escuela, la *Salus Infirmorum* de la calle García Morato, sus compañeras pronto la identificaron:

—Tú eres la hija de ese masón que vive en Estoril.

Pilar consiguió entrar como enfermera en el hospital de los Capuchos en Lisboa y, como estaba sujeta a turnos y guardias, apenas paraba por casa.

Los caballos languidecían en las cuadras. El servicio tenía que ocuparse de los perros. Hasta el espía João Costa pidió un cambio de destino, hizo una reverencia y no volvieron a verlo. Nadie fue a sustituirlo. Villa Giralda no tenía ningún interés, porque ya no eran nadie.

Los amigos de Alfonsito iban todos los días, a la hora de la muerte del infante, a hacer una guardia de honor en el jardín y rezaban el rosario. Todas las tardes acudía también el padre Valentini a acompañar a aquellos padres abrumados por el dolor y, en el caso de María, por la culpa.

Si se pudiera volver atrás... Si hubiera sido más firme... Si no hubiera llovido... ¡Si Franco no le hubiera regalado la pistola!

¡Siempre Franco, maldita sea, Franco tiene la culpa!

A Juan se le apaga el brillo muchachil de sus ojos y la inconsciencia de temperamento, que era una de sus características, y también, quizás, uno de sus defectos. Está tan sumido en la tristeza que se siente incapaz de consolar a su mujer.

Su mujer. Que reza, sí, muchísimo. Se arrodilla en el reclinatorio de su habitación:

—Dios te salve, María...

Pero llega la hora del crepúsculo, cuando entraba Alfonsito gritando y pidiendo la merienda... y detrás los amigos y los perros y hasta el afilador; lo invitaba porque era español.

—Pero estará sucio —protestaba la madre.

—¿Cómo va a estar sucio el *afilador* si viene de España? —respondía el niño.

Es su camita con la huella aún de su cuerpo, es el cachorro sin nombre, sus botas de montar, los tebeos... Los pantalones nuevos, cuidadosamente lavados y colocados en el respaldo de una silla.

Es el atardecer, la hora más cruel.

Amalín López Dóriga es su dama más querida, la única que la comprende, porque ella también ha sufrido. A su marido, Fernando Ybarra, lo asesinaron los milicianos en el buque prisión *Cabo Quilates*, en el puerto de Bilbao, junto a su padre, recién empezada la Guerra Civil. Su hijo Fernando, marqués de Arriluce, solo tenía seis años.

Amalín conoce ese dolor que embrutece, que se te instala en el estómago y no te deja ni caminar. No se separa de su lado, es su consuelo, es su cómplice:

—¿Una copa, majestad?

Una, otra... en la cena los vasos de vino se vacían rápidamente. La mirada se vuelve vaga, el habla confusa, las mejillas enrojecen.

Cada día la tienen que ayudar a llegar a la cama.

Al principio nadie se dio cuenta. Después, por si acaso, se deja de comprar alcohol en la casa. Pero siguen las carcajadas a destiempo, los sollozos, el no dormir o el quedarse dormida en cualquier parte.

Cuando ese verano recibieron la inesperada invitación de los reyes de Grecia para pasar unas semanas en la isla de Corfú, en su casa Mon Repos, Juan aceptó sin dudar. Lejos del escenario de la tragedia, María recobrará fuerzas y volverá a ser la de antes. Y él también necesitaba alejarse. Juanito no, Juanito todavía no.

Fueron con Margot. Mon Repos era una casa de ensueño, en una colina rodeada de pinos y olivos, naranjos y limoneros. En el jardín había burros para pasear y los criados iban vestidos a la griega. Las dos princesas, Sofía e Irene, son anticuadas, amables y cariñosas, y se hicieron amigas de Margot, a la que dejaron algo desconcertada cuando le comentaron que en la isla vivían sus hadas protectoras. También le pareció raro que los miembros de la familia no hablaran griego entre ellos, sino inglés.

A la reina Federica no le extraña ver siempre a María con gafas de sol y hundida en su butaca, sin querer pasear ni distraerse. ¡Había sido un golpe tan duro! Le aconseja que se ponga en contacto con una médium para hablar con los muertos, pero ni esa proposición, absurda para una católica a machamartillo como María, la saca de su estupor.

Por la noche le servían un aguardiente típico del lugar, el licor de quinoto, y María bebía vaso tras vaso mientras una luna lúbrica y mantecosa se paseaba por la impresionante bóveda celeste.

Margot al acordeón e Irene a la guitarra improvisaban una melodía, lo hacían muy mal y el rey Pablo protestaba:

—Qué dolor de cabeza.

Pero María sonreía detrás de sus gafas oscuras y callaba.

Un día, Freddy propuso a Juan un paseo hasta la playa. El viento soplaba huracanado, pero la reina de Grecia lo desafiaba con gesto enérgico, el cabello rizado se movía como el halo de una deidad mitológica, y Juan comprendió por qué sus súbditos le besaban las manos y la llamaban «*mitera*», madre.

La *mitera* comentó sin ambages:

—Sofía y Juanito harían muy buena pareja.

Juan se sorprendió, porque le había contado Pilar que Sofía y el príncipe Harald de Noruega eran novios. Y Juanito no dejaba de estar con María Gabriela de Saboya, aunque a él no le gustase mucho, pues la veía demasiado liberal y moderna.

Freddy adivinó su pensamiento y le dijo con astucia:

—Esas relaciones no tienen futuro y nuestros hijos harán lo que pidamos.

Juan metió barriga, enderezó la espalda, abombó el pecho y no quiso ser menos que esa prusiana que se consideraba la diosa griega Átropos, la que hila los destinos:

—Por supuesto, como todos los príncipes bien educados, se someterán a nuestra decisión.

La vuelta a Villa Giralda fue más dura, si cabe. El padre Valentini acudía todos los días, ahora mañana y tarde. Mantenía con María largas charlas; la condesa decía que sí a todo, rezaba. Un día en que el buen cura le estaba diciendo por enésima vez lo contenta que debería estar, ya que su hijo acababa de realizar sus ejercicios espirituales antes de morir y estaba sentado sin duda a la vera de Dios, María lo interrumpió:

—No entiendo, si se mueren tus padres eres huérfano, pero ¿y si se te muere un hijo? ¿Cómo se llama eso?

Valentini no supo qué contestar y además se dio cuenta de que María no lo escuchaba.

Llamaba con voz de niña:

—Amalín.

—Majestad.

Amalín siempre estaba allí, una Amalín que la quería tanto que a todo obedecía.

Juan, sin saber qué hacer, organiza un crucero en el *Saltillo*. Los invitados le ponen voluntad, hasta intentan montar una juerga flamenca frente a Punta Umbría; María va siempre vestida de negro, siempre con la copa en la mano, y después baja tambaleándose a su camarote.

Todo les recuerda a Alfonsito y regresan antes de tiempo. ¡Como decía el poeta, no sabían dónde poner los ojos que no fuera recuerdo de la muerte!

Juan llama a su madre pidiéndole ayuda. La reina acude a Estoril, pero se hospeda en el hotel Palacio. Cuando acude a Villa Giralda, María se encierra en su cuarto, la reina arrima la oreja a la puerta y la oye cantar imitando la voz de Alfonsito:

*Se va el caimán, se va el caimán,
se va para Baganquilla.*

Enseguida se percata del problema.

—María bebe. Mucho.

Juan protesta, dice que no lo entiende porque en la casa ya no entra ni una gota de alcohol, hasta él ha renunciado a su whisky, pero la reina insiste:

—Pues averigua cómo lo hace, porque tu mujer bebe.

Al final se descubrió, fue muy fácil. Lo trae Amalín en las cajas de libros. Botellas de licor en lugar de libros. ¡El olvido diario!

Desesperado, Juan habló con el padre Valentini, que reconoció con honradez que en estos casos los auxilios divinos no servían y se necesitaban medidas drásticas. Se reunió el consejo privado por primera vez para tratar un tema doméstico, Juan no entendía nada. ¡Su mujer, que nunca le había dado ningún disgusto! «Yo siempre he sido feliz, excepto cuando murió mi hijo».

—No es vicio, sino enfermedad, y hay que atajarlo.

Juan tuvo la humildad de preguntar con la voz rota y el miedo en el cuerpo:

—¿Qué puedo hacer?

Los consejeros le dijeron que, casualmente, el reputado médico López Ibor, el introductor de la psiquiatría moderna en España, se alojaba en el hotel Palacio y podría ir a cenar a Villa Giralda. A doña María se le diría que era un español más, ansioso por conocerla.

El diagnóstico del médico fue tajante:

—Es dipsomaníaca, es decir, tiene la enfermedad del alcoholismo. Necesita ingresar en un establecimiento adecuado, será difícil, pero lo intentaremos.

A Juanito, Pilar y Margot se les dijo que mamá tenía una crisis nerviosa.

María fue ingresada en una clínica de Frankfurt, primero, en Suiza, después. Dos años. O más. Se desconoce si llegó a curarse de forma completa.

Aunque casi nunca se ha hablado claramente de su enfermedad, el problema lo conocía bastante gente, pero nunca se le criticó. Todos entendieron que María había sido arrastrada al infierno del alcohol por el sufrimiento insoportable que le produjo la muerte de su hijo y las tremendas circunstancias en las que ocurrió. Hasta los corazones más endurecidos intuyeron que esta tragedia silencia todas las objeciones y justifica todas las debilidades.

Solo Victoria Eugenia, a la que se le habían muerto marido, dos hijos y un nieto, y no por eso había perdido su pragmatismo y su ambición, se atrevía a decirle a Juan:

—*Always up*, siempre arriba. Lo único que debe importarte es la dinastía.

—Pero ¿qué puedo hacer, mamá? Juanito está con esa princesa italiana...

La madre se horroriza:

—¡Pero si acabo de leer en el *iHola!* que se va a casar con el sha de Persia!

—Sí, ahora no se ven tanto, porque Juanito ha caído de Guatemala a Guatepeor, flirtea con esa condesa que hace de *puttana* en las películas... ¡Baila desnuda por el Trastevere, fuma droga y le hacen fotos! Juanito se ha vuelto loco, hasta le escribe cartas como un idiota.

A Juan la situación le supera y la madre le adivina un sollozo atascado en la garganta. Le pide calma, y le recuerda que él también tuvo su época de perdición con Greta y esa húngara espantosa, Zsa Zsa, que ahora era una artista de cine famosa, y le sugiere que, ya que su nieta Victoria Marone está a punto de ponerse de largo en Rapallo, en la Riviera italiana, acudan juntos:

—Como María está... ejem, descansando en Suiza..., será un buen momento para que habléis a solas.

Pero Juanito está inabordable y fuera de sí. Absolutamente enganchado a las dotes amorosas de la condesa, se enfrentó a su padre y le dijo:

—O voy con Olghina o no voy.

Juan estuvo a punto de pegarle como cuando era un crío, al final se limitó a levantarle el puño y soltó entre espumarajos de rabia:

—Estás encoñado, ciego. ¡Eres un enfermo del vicio! ¡Piensas con la polla! Después de todo lo que yo he sacrificado. ¡Recuerda que Franco tiene a mano a tu primo Alfonso, que ha aprendido a hablar perfectamente el español porque se muere por ocupar tu lugar!

Aunque navegaron juntos en el *Saltillo*, Juanito se negó a comentar el tema y se encerró en un hermetismo inaccesible. Cuando llegaron al hotel, los recibió la condesa, que se echó en brazos del príncipe.

Juan montó en cólera y, en pleno ataque de ira, cogió a su hijo y le dio un empujón que lo tiró al suelo. Luego le gritó «*puttana*» a la condesa y que, si osaba aparecer en la puesta de largo de su sobrina, la policía tenía ordenes de detenerla y llevarla al calabozo.

Olghina se quedó llorando en su habitación. ¡No es difícil entender en qué estado fue Juanito a la fiesta! Estuvo apenas diez minutos y volvió corriendo al hotel para consolar a su amante y disfrutar de su amplio repertorio erótico.

Juan, harto y exasperado, regresó solo a Estoril.

Anson fue a visitarlo y le contó que Franco, al tanto de las locuras del príncipe, había dicho:

—Hay que cultivar a don Alfonso, por si don Juanito nos sale rana como nos salió el padre.

Y no solo eso, había querido recibir a Alfonso en audiencia y le había comentado a su primo Pacón que le había parecido «muy simpático». También le dijo que no había decidido aún quién sería el heredero.

Juan se mesaba los pocos pelos que le quedaban. Cuando sonó el teléfono de su despacho adivinó que era su madre y le dijo a Padilla con un gesto que no se la pasase porque no estaba en condiciones de aguantar sus reproches, pero fue demasiado tarde porque el secretario ya le tendía el aparato:

—Dime, mamá.

—Juan. Esto se ha acabado. Hay que jugar la carta Sofía.

Las hojas de los álamos cascabeleaban en la suave brisa primaveral. Juanito estaba sentado a horcajadas en la barandilla que rodeaba el porche de la casa de Manuel Prado y Colón de Carvajal, un amigo reciente que le había presentado en el Nuevo Club su primo Carlos de Borbón-Dos Sicilias, el Carlitos revoltoso de Las Jarillas, que ahora se había vuelto un señor serio porque se había casado con Ana de Francia.

¡Lo de Juanito y Manolo fue un amor a primera vista! La conexión había sido inmediata: quedaron para comer y estuvieron juntos hasta las tres de la madrugada, cuando los camareros del exclusivo club de la calle Cedaceros avisaron de que tenían que cerrar.

Lo primero que le había soltado encendió una alarma en los ojos de Juanito:

—Alteza, os lo digo por vuestro bien —Juanito frunció el ceño, no le gustaban las frases que empezaban así—, demasiada gente sabe de vuestras visitas a Fuencarral... hay mucha maledicencia.

Primero iba a enfadarse y a negarlo, pero luego se puso triste porque comprendió que su nuevo amigo tenía razón y que se habían acabado sus momentos de esparcimiento. Le tendió la mano por encima de la mesa para estrechar la suya, y le sorprendió advertir que Manolo era manco:

—Perdí el brazo izquierdo en un accidente de coche. Pero no me ha impedido llevar una vida normal, ni cazar, que es lo que más me gusta del mundo.

Se habían despedido con un abrazo y Manolo le dijo que vivía en la urbanización Casaquemada y que le gustaría verle en su casa, esa casa donde ahora acababa de llegar en un viejo Willy cubierto de polvo. Lo había dejado aparcado de cualquier manera frente a la verja y franqueado la valla del jardín de un solo salto.

Solía venir desde la Zarzuela por la carretera de La Coruña sin dar aviso y siempre con algún obsequio, una caja de vinos, unas corbatas, unos libros que no pensaba leer... Eran regalos que le enviaban las diputaciones o alguna empresa del INI que la princesa miraba despectivamente. ¡Qué diferencia de los presentes fabulosos que le ofrecían los armadores griegos a su madre, desde abrigos de martas cibelinas para toda la familia, hasta casas, barcos o caballos!

Lo primero de todo era un beso a la anfitriona, Pilar, la madre de Manolo que, aunque está casado, sigue viviendo con sus padres. Pilar es descendiente directa del almirante Cristóbal Colón:

—Hola, mamá.

La llama mamá, quizás porque a la suya no la ve casi nunca.

Pilar le dice sonriendo:

—Buenas tardes, alteza, ¿la princesa no está?

Distraídamente, mientras da unos pases de boxeo contra un poste, dice:

—No, se ha ido a Grecia porque es el cumpleaños de la reina.

En ese mes de marzo de 1967, Sofía ha acudido al lado de su madre, no solo porque Federica cumple cincuenta años, sino porque, desde que ha muerto su marido, está sumida en una profunda depresión, por mucho que por las tardes hable con él y reciba sus consejos para que se los transmita a Tino. Grecia camina hacia el desastre, se suceden las huelgas y las manifestaciones de uno y otro signo, las detenciones y las torturas en las comisarías, y el pobre rey, sobrepasado por las circunstancias, es una barca a la deriva que ya no sabe en quién confiar.

Sofía, que es recibida en el aeropuerto con gritos e insultos por las mismas azafatas, le pregunta a su madre:

—Pero ¿estáis seguros aquí? ¿No os va a pasar nada?

Federica responde con altivez:

—La divisa de los reyes de Grecia es: «Nuestra fortaleza es el amor de tu pueblo», y en eso confío.

Claro que Sofía, más que ir a Grecia, huye de la Zarzuela y de su vida conyugal. Su convivencia con Juanito está lastrada por la necesidad de tener un varón, llevan tres años intentándolo, en esas fechas que saben que son las más fértiles, según les ha contado el doctor Mendizábal. Pero cada mes surge una nueva decepción. Cuando sale del cuarto de baño, Juanito le pregunta sin palabras y la princesa menea la cabeza:

—No, este mes nada.

Y otra vez a esperar cuatro semanas.

Nueva consulta al doctor Mendizábal:

—Vuestra alteza solo tiene veintiocho años. Se trata de insistir.

¡Insistir! ¡Aquí está la madre del cordero! No les apetecía ni a uno ni a otro, lo que para los demás es placer, para ellos se ha convertido en una obligación onerosa y cargada de responsabilidad, los mimbres más inadecuados para el goce y el disfrute.

Claro que la parte más difícil la tiene Juanito. La princesa le ha leído un libro del doctor Iglesias Puga, un reputado ginecólogo al que visita en la maternidad de la calle O'Donnell. Para conseguir un embarazo aconseja guardar castidad el resto del mes y hacerlo solo dos días, justo en medio del ciclo, «para que el jugo vital esté en su más pujante virilidad». Que después de un mes de castidad se le aparezca su mujer con un camisón abrochado hasta el cuello con expresión de resignado martirio y la habitación en siniestra penumbra, en la que cree adivinar la silueta de los diecisiete reyes que le precedieron, requiere de él una voluntad sobrehumana. Le comenta sombríamente a su primo Carlitos:

—Luego dicen que la vida de los príncipes es un lecho de rosas.

El primo solo le dice:

—Acuérdate de Alfonso de Borbón.

Juanito aprieta los puños:

—Ya, ya, ¿quién te crees que se me aparece en ese momento crucial? Comprenderás que no contribuye a que la cosa mejore, si aún fuera Marilyn Monroe...

¡Alfonso! ¡Se está convirtiendo en su pesadilla!

Franco, siguiendo con su política de jugar a dos barajas y para meterle el miedo en el cuerpo a don Juan y que deje de joder con sus declaraciones extemporáneas, en las que insiste en que él va a ser el rey de todos los españoles, le da cierto empuje a la candidatura de Alfonso de Borbón, que cuenta con grandes apoyos, desde el millonario

catalán Mariano Calviño, hasta el marqués de Villaverde, al que se le ha ocurrido una idea descabellada: ¡que Alfonso y su hija mayor se hagan novios! Un proyecto que, por ahora, solo está en la mente calenturienta del Yernísimo y del príncipe.

Porque así, príncipe y alteza real le llaman los periódicos, y también «el prudente». Juan Carlos está inquieto, quiere salir del anonimato y, por consejo de su asesor, el marqués de Mondéjar, decide hablar con Emilio Romero.

El director de *Pueblo*, que en secreto es un firme partidario de la candidatura de Alfonso, cree que será una buena primicia periodística que Tico Medina les haga una entrevista a cada uno, que saldrá en la misma edición y ocupando el mismo número de páginas bajo el epígrafe de «Príncipes».

En su entrevista, Alfonso queda como una persona hecha a sí misma, crecido en las dificultades, atractivo y varonil, con una visión moderna de la vida. Abre él mismo la puerta de su sencillo piso de la calle Castelló, que cuenta con una buena biblioteca, contesta espontáneamente y de Franco hace un elogio razonado:

—Nos ha salvado de muchos peligros, nos ha dado treinta años de paz, impidiendo que entráramos en la Segunda Guerra Mundial, y ha impreso en los españoles la conciencia de unidad.

A su primo lo despachó con un simple:

—Es muy simpático.

Y Juan Carlos, ¡madre mía, don Juan Carlos! Cuando leyeron la entrevista, los asesores se llevaron las manos a la cabeza. ¡Tico Medina lo hacía quedar como un completo imbécil!

Un ser rodeado de ayudantes que le escriben en un papel las respuestas más sencillas. Tico le pregunta cómo es su día y contesta:

—Me levanto a las ocho de la mañana, voy al cuarto de baño, me ducho...

Y, antes de que diga «hago mis necesidades», lo interrumpe el marqués de Mondéjar con un susurro que el periodista oye y transcribe: «No hace falta que especifique tanto».

Es infantil:

—Hago deporte, soy cinturón marrón de kárate. —Y se tapa la boca asustado, como hacen las criaturas—. Oh, creo que el kárate está prohibido, mejor que eso no lo ponga.

Y es el periodista el que tiene que tranquilizarle: «No se preocupe, no creo que el Ministerio de la Gobernación vaya a tomar cartas en el asunto».

La entrevista se interrumpe varias veces con llamadas del padre desde Estoril. Se oye vibrar el auricular con los gritos de don Juan y los sumisos:

—Sí, papá. Claro, papá. Adiós, papá —Y luego aclara—: Era mi padre.

Aun en el entorno familiar y apacible de los Prado y Colón de Carvajal, rodeado de jardines frondosos y caros, y aunque han trascurrido varios meses desde las entrevistas de marras que, por cierto, pasaron desapercibidas, Juanito no puede olvidar su vergüenza y su rostro se ensombrece. Con esa intuición que le hará estar a su lado más de tres décadas y ser su mejor amigo, Manolo le dijo:

—¿Sabéis, señor? El otro día me encontré en Carrusel a vuestro primo Alfonso de

Borbón con esa actriz italiana.

Su mujer añadió, rápida:

—Marilù Tolo. Hace películas de gladiadores.

—Iba con su hermano Gonzalo y con otra amiga con pinta de *putiplista*. A pesar de que él es un muermo, estuvieron hasta las cuatro de la mañana.

Los ojos de Juanito se iluminaron, porque es uno de esos seres humanos capaces de transitar de la tristeza a la alegría en cuestión de segundos:

—¿Y se habrán enterado en El Pardo?

La mujer ríe.

—¡Por supuesto! ¡Franco y todos los españoles! ¡Esta semana han salido en las revistas de peluquería y ponía: «Las cenicientas y los príncipes»!

Todos se alegran, la nube negra desaparece, el ambiente se distiende...

En media hora, después de varias frenéticas llamadas de teléfono, se ha formado tertulia alrededor del príncipe, encabezada por los hermanos Manuel y Diego, cuyo padre es un diplomático chileno, Jaime Carvajal, el primo Carlitos y su viejo amigo Zourab Tchokotua! Su antiguo compañero del Saint Jean de Friburgo ahora vive en Mallorca, dedicado a negocios inmobiliarios, donde es novio de la millonaria Marieta Salas.

Juanito no olvidará nunca cómo lo defendió delante de los matones del colegio. Le pasa el brazo por los hombros:

—Zu, si es tan rica, cástate de una puñetera vez y te prometo que a tu primer hijo lo apadrino yo.

E incluso, sorprendentemente, ese día se ha añadido el notario Tono García Trevijano, que es el único, aparte de su primo, que trata de tú al príncipe porque se confiesa republicano:

—Cuéntales cómo eran aquellas brasileñas de Zaragoza.

Juanito ríe mientras se come los cacahuetes a puñados. Sin buscarlo, casi sin darse cuenta, ha ido levantando un grupo de complicidades que, de momento, no ha despertado los recelos del Caudillo que, cuando le informan al respecto, dice a su primo Pacón:

—Tengo plena confianza en el príncipe. No es un frívolo como su padre, pero también es joven y necesita esparcimiento. Y mientras sus amigos sean esos y podamos controlarlos... —Y también—: Estoy muy contento con su actuación y la de la princesa. La gente no sabe la vida de sacrificio que llevan.

De vez en cuando se cuele alguna pareja bohemia, que da colorido a las reuniones. A veces han sido Domingué y Lucía Bosé, con los que han ido a cazar a los montes de Toledo. A su prima Tessa de Baviera le ha dado por pintar y les presenta al excéntrico pintor gallego Otero Besteiro, y los Quintanilla aportan alguna estrella de cine estadounidense que está rodando una película de Samuel Bronston. Incluso el primo Gonzalo ha llevado a una novia americana que resulta ser itorera! Cuando desaparece, le preguntan por ella y contesta el alegre vividor:

—Se ha quedado embarazada y se ha vuelto a su país.

Hoy están Charo Palacios y su último acompañante, el productor Quique Herreros. Es hijo del genial dibujante de *La Codorniz*, Enrique Herreros. Charo cuenta que Quique ya le ha presentado a su padre que, como buen humorista, es un tipo serio

y cáustico.

—Estuvimos comiendo y eso, y cuando acabamos le pregunté, ¿qué te ha parecido la novia de tu hijo? Y me contestó, mirándome de arriba abajo, pues, oye, como ahora las decentes parecéis putas y las putas decentes, no sé qué decirte.

Juanito, que llevaba rato mirando las fabulosas piernas de Charo, que lucía con una atrevida minifalda, casi se cayó al suelo de la risa.

La madre le tendió una copa de vino:

—Mira, es el que has traído.

Manolo le preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Os hacen muchos regalos?

Juanito negó con la cabeza:

—Qué va, cuatro puñetas de nada. —De pronto recordó—: Bueno, los coches me los regalan los concesionarios, es verdad, las casas Mercedes y Audi. La moto también.

El amigo miró la punta del cigarrillo:

—Porque, a ver, ¿con cuánto contáis al mes?

Nadie había osado preguntárselo, pero Juanito, que ha oído hablar de dinero desde que era pequeño en su casa, no tiene empacho en contestar:

—Setenta mil pesetas.

Ríen con asombro porque todos son millonarios, y esa cantidad les suena ridícula. ¡Que el futuro rey de España cobre esa miseria no deja de hacerles gracia! Solo García Trevijano apunta que es dinero limpio de polvo y paja porque todos los gastos los paga Patrimonio.

Aun así, Juanito se queja:

—Sigue siendo una mierda. Vivir con estrecheces no es nada agradable, os lo juro, vosotros no tenéis ni idea. Me he quejado muchas veces a Fuertes de Villavencio, que nos fiscaliza hasta las llamadas a Grecia y las Coca-Colas de la princesa y dice que Franco vive con menos.

—Pero ¿la nobleza no contribuye?

—¡Pero si para mi regalo de bodas Valls Taberner tuvo que estar meses pasando la gorra! Son todos unos tacaños de cojones y yo no puedo pedir, tienen que ser ellos los que se retraten... ahí os quisiera ver.

El primo Carlitos se siente incómodo, pues no son pequeñas las cantidades que cada mes aporta su padre a Villa Giralda, pero como son para don Juan, prefiere callarse.

Manolo sigue preguntando:

—¿Y quién os administra el dinero?

—Bueno, mi banquero es Luis Valls Taberner, pero ya ves que no hay mucho que administrar.

El príncipe se olvida de añadir que Valls Taberner, miembro del Opus Dei, cuando hay gastos extraordinarios hace que los cubra el propio banco con un préstamo sin intereses que no se espera cobrar nunca.

—Pero ¿no tenéis un intendente, como tenía vuestro abuelo o como tiene vuestro padre?

—¿Un administrador, dices? Pues no.

Manolo confiesa medio en broma:

—Me gustaría serlo algún día.

En ese momento sonó el teléfono en el interior de la casa, salió la madre, alarmada:

—Don Juanito, os reclama el marqués de Mondéjar. Urgentemente.

¡Un golpe de Estado en Grecia! Como dice el poeta, lo que más secretamente tememos siempre ocurre. Al final, tal como había pronosticado Franco, los militares se habían sublevado y tomado el poder, cargándose la Constitución y derrocando gobierno e instituciones.

¡Y Sofía estaba allí! ¡Viviendo en directo la historia!

Se alojaba con sus dos hijas en Psychico, la casa donde había nacido, mientras los reyes Constantino y Ana María, que ya tenían una niña y esperaban otro hijo, vivían en Tatoi. La noche del 21 de marzo, Sofía acababa de llegar del cine, había visto *El graduado* y cantaba, mientras se estaba quitando el abrigo:

God bless you, please, Mrs. Robinson.

Heaven holds a place for those who pray.

Hey, hey, hey...

Hey, hey, hey...

Llamaron a la puerta.

Era un oficial de uniforme. Tenía detrás unos tanques enormes que apuntaban a la casa. Dio un gritito de miedo, pero el militar la tranquilizó:

—Señora, no os preocupéis, estamos al lado del rey.

Los tanques recorrieron Atenas toda la noche, sembrando el terror entre sus habitantes, que permanecieron agazapados en sus casas. Un avión militar esperaba en el aeropuerto a Sofía y a sus hijas para devolverlas a España. Su madre, despeinada y con los ojos brillantes, le susurró al oído:

—No te preocupes, Tino acaba de tomar juramento a la junta militar, estamos a salvo. Papá ha dicho que estemos tranquilos, que él vela por nosotros.

Cuando aterrizaron en Barajas, la noticia estaba en las primeras planas de todos los periódicos europeos: «Golpe de Estado en Grecia, la ultraderecha se hace con el poder con la aprobación del rey Constantino». El *Daily Mail* comparaba la situación de los dos hermanos griegos: rehenes o peleles de una dictadura militar: Sofía en España, Constantino en Grecia. El periodista Ramón Garriga subrayó, sin embargo, en la BBC, que «o se es pelele o se es rehén, pero las dos cosas no se pueden ser».

Juanito abrazó a sus hijas, que estaban encantadas con todo aquel trasiego y, a pesar de los momentos tan tensos que acababa de pasar, pronto advirtió la mirada ilusionada de su mujer y su sonrisa insinuante. Enseguida cayó:

—¿Es que...?

—Sí, estamos esperando un hijo.

Pero en vez de alegrarse, un puño de hierro le retorció el estómago:

—¿Y será niño?

No perderlo. Todos los días se estudia Sofía frente al espejo, de perfil, de frente, se

levanta el jersey, se acaricia la incipiente barriga que apenas se nota porque es de cintura estrecha, pero caderas anchas. Sí, el niño sigue ahí, refugiado en su vientre.

—Los tres primeros meses son los más delicados. Repose.

Pero el 5 de mayo no tienen más remedio que acudir a Estoril porque se casa la infanta Pilar. No con un Balduino de Bélgica, ni siquiera con un aristócrata de primera fila, pero Luis Gómez Acebo, hijo de los marqueses de la Deleitosa, es guapo, muy inteligente, culto, de buena familia, con un trabajo prestigioso, y la infanta está loca por él. Como no hay nadie más en perspectiva, porque Pilar tiene ya treinta años y va camino de convertirse en una solterona, don Juan accede y les concede el título vitalicio de duques de Badajoz.

La boda fue caótica, sufragada por una cuenta que se abre en diversos bancos españoles, y se anuncia en el *ABC*. Fueron cientos de invitados ataviados con trajes que parecen sacados de una tienda de disfraces, ¡un andaluz hasta lleva un apolillado uniforme isabelino! Los inevitables tunos cantan:

*Clavelitos, clavelitos,
clavelitos de mi corazón.*

Extienden sus capas sobre el suelo de la explanada del templo y, como además hace mucho viento, los invitados resbalan y se caen, ante las risotadas de los curiosos.

La ceremonia resultó muy embarazosa para la novia, que comentó con pesar al cabo de unos años:

—Fue una boda llena de política... No disfruté, la verdad.

Porque, sobre todo, el casamiento se convierte en un campo de batalla entre Juan y su hijo. El padre quiere dejar muy claro que aquí Juanito no es nadie, en la iglesia de los Jerónimos, los príncipes tienen que estar de pie durante dos horas, no hay sillas para ellos, y en el banquete en el Estoril Plaza los relega a un lugar secundario, en una mesa con invitados de segunda categoría.

Juanito y su padre no intercambian palabra. En las fotos aparece en el extremo, lo más lejos posible de Juan, y las expresiones son tristes o severas. El novio, que empieza a entender en qué clase de familia se ha metido, está pálido y ojeroso. María parece a punto de echarse a llorar.

Los partidarios de don Juan le gritan a Juanito:

—Viva el rey Juan III. Muera Franco.

Juan no hace nada para que se callen. ¡Es su día de triunfo! ¡Hoy, que casa a su hija, quiere sentirse protagonista sin que Franco o su hijo mermen su importancia! Para quien, deseando ser rey, es tan solo el padre de la novia resulta un triste consuelo, pero el conde de Barcelona está tan necesitado de afectos y reconocimientos como el sediento que atraviesa el desierto y se muere por unas gotas de agua.

Los príncipes regresan a Madrid. Al día siguiente acuden a El Pardo. El Caudillo los recibe con un nuevo obsequio:

—Mirad, alteza, estos prismáticos alemanes para cazar... parece que tienen muy buena óptica.

Los dos se dedican a graduar el objetivo y cambiar las lentes, mientras su excelencia musita, como sin darle importancia:

—Se ha querido aprovechar la boda de vuestra hermana para hacer propaganda

política, aunque no va a servir de nada... Su padre es enemigo del Movimiento Nacional y él solo se ha descartado.

—Sí, general.

—No os dejéis influir, alteza, por los cantos de sirena, confío en vuestro elevado patriotismo y en vuestra inteligencia.

Juanito asiente y mira a su mujer con algo de rencor. ¡A ver si esta ahora va a dar a luz una niña y va a joderlo todo!

La princesa se pone nerviosa y dice:

—Voy a saludar un momento a doña Carmen.

El momento se convierte en dos horas, y es que le pide a la Señora consejo para educar a sus hijas, a pesar de que Sofía es puericultora y la otra no tiene ni idea de la crianza de nadie, pero a pesar de eso la princesa no cesa de decir:

—Gracias, señora, no sé qué haría sin sus lecciones.

Porque se acuerda de lo que le dijo su madre del santo y la peana.

Doña Carmen, crecida, propone:

—Estaría muy bien que os dejarais asesorar por Pilar... Ya sabéis, Pilar Primo de Rivera, la hermana del Ausente.

Con ingenuidad Sofía pregunta:

—¿Es madre de familia numerosa?

La señora ríe:

—¡Sí, muy numerosa! ¡Todos los niños de España! —se acerca confanzuda—. Veréis, alteza, ella es soltera, pero sabe más que todos nosotros juntos porque es la fundadora de la Sección Femenina de la Falange.

Sofía recuerda vagamente:

—Ah, sí, su sobrino Miguel es amigo del príncipe.

—Pues educará a vuestras hijas, las dos infantas... y la que vendrá, en la santa sumisión a sus maridos, en la alegría del hogar, que es de lo que se trata.

—Lo que vendrá a lo mejor es un niño —aventura la princesa.

—Claro, puede ser —concedió la otra amablemente—. Entonces, él no. Mi marido siempre dice que los hombres solo pueden ser soldados o santos.

La princesa discrepa:

—Pero un hombre también podría ser... no sé —mira al techo—, ¡astronauta!

—¡Soldado!

—O quizás, maestro.

—¡Santo!

La princesa admite, convencida:

—Sí, tenéis razón —y pregunta con curiosidad—: Y su excelencia ¿qué es? ¿Santo o soldado?

La otra contesta con suficiencia:

—Las dos cosas.

Llega el verano y, a pesar de que la comunicación con Juan estaba totalmente rota y no han hablado desde la boda de Pilar, Juanito y Sofía deciden ir a Estoril con sus dos hijas. ¡No tienen otro sitio donde pasar las vacaciones! Los Franco van al pazo de

Meirás, pero aún no los han invitado.

En Estoril no disfrutaban del verano distendido que esperaban, no logran relajarse, y no por causa del padre precisamente. Don Juan hace su vida y apenas se ven, ahora tiene un barco nuevo, el *Giralda*, también regalo de sus fieles, que ha venido a sustituir al *Saltillo* y, sobre todo, tiene también una relación seria con una señora, muy distinta a las otras: ¡aquella Zsa Zsa, que lo volvía loco! ¡Greta, por la que estuvo a punto de abandonar a María! Es una dama elegante, extranjera, aunque vive en Portugal y, como Juan, está casada. La relación durará varios años y, aunque se lleva de forma discreta, es conocida y aceptada por la sociedad de Estoril. Al marido de la señora no le gusta navegar, pero no le importa que Juan y ella salgan juntos con el *Giralda*. A la vuelta cenan en El Pescador y después van al casino.

María ingresa unas semanas en una clínica de Suiza y después se queda en Villa Teba, en la Costa Azul, mientras su suegra se aloja en la vecina casa del príncipe Pierre de Polignac, el padre de Rainiero. La mujer de Rainiero, la actriz Grace Kelly, las visita a menudo porque la reina Victoria es la única aristócrata de verdad que no le hizo el vacío cuando se casó con el príncipe. Es más, le dio valiosas lecciones de filosofía de la vida, como había hecho con sus nietos cuando eran pequeños:

—Ríe y el mundo reirá contigo, llora y estarás sola. —Y también le aconsejó—: No abuses de tu belleza con esos vestidos *made in Hollywood*, encuentra una modista que sepa vestirte como una princesa y no como una *putain*.

Grace prescindió de Helen Rose y compró la colección completa de Hubert Givenchy, que fue su modisto para toda la vida. Quedó tan agradecida a la exreina de España que la hizo madrina de su único hijo varón, Alberto.

Ese verano, entonces, Juanito y Sofía tienen Villa Giralda prácticamente para ellos solos, ya que Margot está en Madrid con su hermana y su cuñado, que le han alquilado un piso al bailarín Antonio. Podría ser una situación idílica... pero no lo es, porque Sofía está preocupada y tensa, y es que tanto a ella como a Juanito les atormenta la posibilidad de que su próximo hijo sea otra niña.

Se pelean, están días enteros sin hablarse, Sofía le prohíbe que vea a sus amigos y Juanito no tiene más remedio que obedecer, a regañadientes, pues teme que cualquier disgusto dé al traste con el embarazo.

Le llevan un saco de boxeo para que se desfogue y Ramón Padilla le pregunta:

—¿Queréis que os lo pongan en el cuarto de juegos?

La contestación es tan violenta que Padilla se asusta:

—¡No!

Ay, Alfonsito.

—Perdona, Ramón, es que prefiero que esté en el garaje.

Al final, la princesa acepta cenar con el matrimonio Arnoso —Maná y Nena—, y luego van a la *boîte* Van Gogó en Cascaes. Maná sale a bailar con Sofía, que le confiesa algo sorprendente, que nos hace sospechar que la princesa haya dado a luz a sus hijos mediante cesárea, aunque nunca se ha dicho de forma oficial:

—He tenido muchas dificultades con mis embarazos anteriores y seguro que este será mi último hijo. Si es una niña, será nuestro fin... Juanito está insoportable, muy preocupado, y yo también. —Y luego protesta—: ¡No hay derecho! Vosotros, que os da igual, tenéis dos chicos, y nosotros dos mujeres, cuando tener un varón es capital para

nuestra supervivencia.

Aprovechando los libros y los legajos que hay en la biblioteca de su suegro, hace estudios sobre la genealogía de los Borbones para tratar de adivinar qué posibilidades hay de tener hembra o varón. Una de las criadas le dice que si el iris de los ojos es más oscuro de lo normal significa que va a tener un niño y, aunque Sofía no se lo cree, no deja de observárselos continuamente. Federica le aconseja que se lo pida a su padre y también que rece a la Panagia.

El doctor Mendizábal trata de tranquilizarla:

—Alteza, no se altere, la criatura está bien posicionada... Pero evite emociones o sustos, porque eso sí que sería fatal. Mucha tranquilidad.

¿Tranquilidad? ¿Cuando la vida juega a los dados con la historia?

En la madrugada del 14 de diciembre de 1967, Tino, su mujer, sus dos hijos, Alexia y Pablo, su madre y su hermana Irene, tienen que embarcarse en un viejo avión rumbo a Roma, temiendo por su vida. ¿Cómo va a tener tranquilidad la princesa cuando los que más quiere deben huir como unos delincuentes?

Constantino, quizás por convencimiento, quizás porque se lo dictó su padre desde el más allá en esas largas charlas que mantenía con su mujer, intentó un contragolpe confiando en militares demócratas, pero débiles, que fueron detenidos de inmediato, y se quedó sin apoyos porque las potencias occidentales lo dejaron solo. Al parecer, el embajador americano se había comprometido por su cuenta a ayudarlo, pero su país no quiso intervenir en lo que consideraba un asunto interno.

La junta militar que había pretendido derrocar les embargó las cuentas y los obligó a exiliarse. Sin dinero, sin que les dejaran coger lo más indispensable en casa, ni siquiera lo de los niños, creyendo en todo momento que les pegarían un tiro como habían hecho los bolcheviques con la familia imperial rusa, partieron de su patria en esa noche de frío helador solo con la ropa que llevaban puesta. Ana María con abrigo de pieles, Federica con jersey, Tino vestido de militar, con la gorra encasquetada hasta las cejas.

Sofía, embarazada de ocho meses, quiso correr a Roma de inmediato para llevarles ropa de abrigo, comida, dinero... ¡Siempre dinero!

Juanito le dijo sencillamente:

—No tenemos.

Sofía le pidió que lo sacara de donde pudiera, que ella no quiere desamparar a su familia, Juanito arguye que quizás Franco no verá con buenos ojos este viaje, y Sofía, la bisnieta del káiser, le grita con ferocidad:

—¡Nadie me prohibirá socorrer a mi madre!

En el último momento, consiguen que Valls Taberner les haga un préstamo y, cuando ya está a punto de salir de casa, llega Manolo Prado con una bolsa en la que ha puesto todo lo que ha podido reunir, también pidiéndole a su familia, un puñado de billetes arrugados.

Juanito le da unos trajes y unas camisas para su cuñado.

Cuando Sofía llegó a la embajada de Grecia en Roma vio a los suyos ya con la marca del exilio en los ojos, ateridos, pobres y repudiados. Se abrazó a su madre. Federica le dijo con ojos desquiciados:

—Ojalá nunca te veas como yo, aprende de mis errores.

—¿A qué te refieres?

Se le acerca y le dice al oído para que nadie la escuche; Sofía siente su aliento caliente en la cara:

—¿Te acuerdas? Mi fortaleza es el amor de mi pueblo. —La agarra más fuerte—. En eso confié y no era verdad, ino era verdad! ¡Nuestro pueblo nos ha echado a los cerdos!

Sofía se desasíó de la garra materna, vio los grandes ojos asustados de su joven cuñada, que ha tapado a sus hijos con su abrigo de visón para abrigoarlos y, sin dudarlo, se quita el chaquetón, el pañuelo del cuello, los guantes y aún vacía el billetero en su regazo.

Ana María le dice:

—Gracias, Sofía, no teníamos dinero ni para comprar pañales a Pablito.

Sofía, después, ya en Madrid, le exige a su marido, protegiendo con las manos cruzadas sobre el vientre ese hijo que está a punto de nacer:

—Júrame que nunca vamos a pasar por eso. Que no nos van a echar de España. Que vamos a ser reyes hasta que nos muramos. Que siempre podré comprar pañales para nuestros hijos.

Juanito iba a gastar una broma, y decirle: «Cuando sean mayores quizás no querrán», pero al ver la expresión de su mujer se contuvo y le hizo una promesa que en esos momentos no sabe si está en condiciones de cumplir:

—Te lo prometo.